Pensar antes de actuar: el hábito que evita accidentes en el trabajo



Son las seis y media de la mañana. La máquina lleva dos turnos sin parar y la producción viene atrasada. Alguien nota que la guarda se traba, la saca "solo por hoy" y la apoya contra la pared. Nadie dice nada, porque todos conocemos esa escena. Hasta que un día la mano pasa un centímetro más cerca de lo habitual.

Hoy el trabajo industrial es más seguro que hace algunas décadas, y eso es un logro de todos. Pero que los accidentes hayan bajado no significa que hayan desaparecido, ni que ninguno de nosotros esté a salvo. Vamos a hablar de lo que más ayudó a lograr ese cambio y de lo que todavía depende de cada uno: detenernos a pensar antes de actuar.

¿Por qué siguen ocurriendo accidentes si las máquinas son cada vez más seguras?

La incorporación de máquinas y de energía mecánica nos permitió producir más y con menos esfuerzo físico. Eso redujo muchas lesiones que antes eran habituales, como los sobreesfuerzos y los golpes al mover cargas a mano. Pero toda máquina concentra energía en engranajes, rodillos, cuchillas, correas, prensas o partes calientes, y esa energía no distingue entre el material que procesa y la mano de una persona. Por eso los atrapamientos, los cortes y los golpes siguen entre los accidentes más graves de la industria.

Los errores que los provocan son más cotidianos de lo que parece. Sacar o puentear una guarda porque molesta. Limpiar, lubricar o destrabar un equipo que todavía está en movimiento. Trabajar con mangas sueltas, anillos o pelo largo cerca de partes giratorias. Hacer una tarea sin protección ocular cuando saltan partículas. O improvisar un método porque "siempre se hizo así". Nada de esto es mala intención. Es lo que pasa cuando repetimos una tarea mil veces sin problemas y el cerebro termina archivando el peligro. **La rutina no elimina el riesgo; solo hace que dejemos de verlo.**

A esto se suman el apuro, el cansancio, la presión por cumplir con la producción y el celular a mano en el peor momento. Ninguno de nosotros sale de su casa pensando en lastimarse. Sin embargo, **los accidentes no aparecen de repente. Se construyen con pequeños descuidos**: una guarda que quedó floja, una duda que no se consultó, una advertencia que se dejó pasar. El día del accidente es solo el último eslabón de una cadena que empezó mucho antes.

Las consecuencias van mucho más allá del parte médico. Hay lesiones que dejan secuelas para siempre, como amputaciones, fracturas complejas o quemaduras. Hay una máquina detenida, una investigación, un trámite con la ART y un equipo de trabajo que pierde a un compañero. Y hay algo que no figura en ningún informe: el compañero que presenció la escena y no la olvida, y la familia que esperaba en casa a alguien que no volvió como salió. Lo decimos para tomar conciencia de lo que está en juego y no para asustar a nadie.

Las protecciones ayudan, pero solo funcionan si las usamos bien

Parte de la mejora de los últimos años se debe a que fabricantes y empresas empezaron a tomarse en serio la protección de las máquinas. Las guardas, las barreras, los enclavamientos y las paradas de emergencia existen porque alguien analizó cómo se produce el accidente y puso una defensa antes de que ocurriera. La Ley 19.587 y el Decreto 351/79 exigen proteger las partes móviles y los puntos de peligro de los equipos. Una guarda no es un estorbo; es una decisión de seguridad que ya fue pensada por otros. Si está dañada, floja o interfiere con la tarea, la regla es una sola: se detiene el equipo, se avisa al supervisor y se repara. Nunca se anula.

Tan importante como la guarda es el bloqueo y etiquetado de energías. Antes de limpiar, ajustar, destrabar o hacer mantenimiento, hay que detener la máquina, cortar y aislar todas sus fuentes de energía, sean eléctricas, neumáticas, hidráulicas o mecánicas con movimiento residual, y colocar un candado con la tarjeta personal. Después se verifica que el equipo realmente no pueda arrancar. Cada persona usa su propio candado y nadie retira el de otro. Es la práctica que recomiendan las normas internacionales y la que evita que alguien ponga en marcha un equipo con un compañero adentro.

Los procedimientos de la planta funcionan igual. No existen para complicar el trabajo: reúnen lo que otros aprendieron, a veces a un costo muy alto. Seguirlos es aprovechar esa experiencia ajena. Lo mismo vale para los elementos de protección personal. Deben ser los que corresponden a la tarea, estar en buen estado y usarse siempre y bien colocados. La empresa tiene la obligación de entregarlos y capacitar, y cada trabajador tiene la responsabilidad de usarlos. Son la última barrera, la que nos protege cuando todo lo demás falló, y por eso conviene cuidarla.

Pensar antes de actuar: el hábito que cambia todo

Ahora bien, ninguna protección reemplaza a un trabajador que se toma treinta segundos para pensar. Esa es la tercera razón, y la más importante, por la que los accidentes han disminuido: hay personas que se detienen a analizar cómo hacer cada tarea sin lastimarse y sin lastimar a otros. Antes de empezar, conviene hacerse algunas preguntas sencillas. ¿Qué puede salir mal? ¿Qué energía hay en este equipo? ¿Estoy parado donde podría alcanzarme una pieza, una chispa o una carga? ¿Tengo la herramienta correcta y mis elementos de protección? ¿Puedo afectar a alguien que trabaja cerca?

Estar alerta es parte de esa forma de trabajar. Ningún oficio es tan rutinario como para que no pueda aparecer algo inesperado: un material distinto, un compañero nuevo, un ruido extraño, una orden de producción que cambió. Cuando algo no cuadra, se frena y se consulta. Detener una tarea insegura no es perder tiempo ni falta de capacidad; es un derecho y una responsabilidad de todos. **Trabajar rápido nunca debe significar trabajar inseguro.**

Al principio pensar así cuesta un poco, igual que costó acostumbrarse al cinturón de seguridad del auto. Pero con la práctica se vuelve automático. Quien incorpora el hábito empieza a ver el trabajo con otra mirada, casi sin darse cuenta, y también a cuidar a quienes tiene al lado, porque un hábito seguro se contagia dentro del equipo.

Nadie conoce mejor su tarea que quien la hace todos los días

Durante mucho tiempo se aceptó que lastimarse era parte del oficio. Se hablaba de mala suerte, de destino, o se creía que arriesgarse demostraba valentía. Hoy sabemos que no es así. Todo accidente tiene causas, y lo que tiene causas puede prevenirse. El verdadero coraje no consiste en hacer la tarea a cualquier costo, sino en frenar cuando algo no está bien.

Cada uno de ustedes conoce su puesto mejor que cualquier manual, mejor que yo y mejor que quien diseñó el procedimiento. Saben dónde hay que estirarse de más, qué herramienta no es la adecuada, qué parte de la tarea los incomoda o los preocupa. Esa información vale oro. Si ven una forma más segura y más eficiente de hacer algo, quiero escucharla, discutirla y, si corresponde, llevarla a la práctica. La seguridad se mejora entre todos o no se mejora.

Porque la seguridad no consiste únicamente en cumplir procedimientos; consiste en construir una cultura donde cada persona regrese sana y salva a su hogar al finalizar la jornada. Esa cultura se arma con decisiones chicas, tomadas por cada uno, cada día. Todos somos un eslabón de esa cadena. Y el mejor sistema de seguridad que tiene esta empresa es un trabajador que piensa antes de actuar.